



CAPITULO II

MUJERES EN NUEVA ESPAÑA

Si bien fueron las mujeres de la Española y de las islas circundantes, como Cuba y Boriquén, las primeras de que hemos podido dar noticia, son probablemente las mujeres españolas que pisan la tierra de las conquistas de Cortés las que tienen una mayor fuerza dramática por el carácter del escenario y las circunstancias en que se nos muestran. Sus aventuras y heroísmos han de repetirse por muchas de sus iguales en todos los otros parajes del Nuevo Mundo, pero parece que las de Méjico van a acaparar la primacía de la calidad por haber acaparado la del tiempo.

Su número es, con todo, muy escaso, y seguir sus huellas no es más fácil ni cómodo, aunque en esta ocasión la diligencia del gran cronista Bernal Díaz del Castillo que fué protagonista de la conquista, nos ha conservado bastantes datos de aquella breve, pero lucida cohorte de hembras heroicas.

1) LAS DOS PRIMERAS MUJERES EN LAS COSTAS DE MEXICO

El martirologio de la mujer española en México como dice Cárcer y Didier, comienza antes de la llegada de Cortés a México. Jerónimo de Aguilar, que fué encontrado allí por Cortés y había naufragado en una anterior expedición, cuenta que en el batel se habían metido con sus compañeros *dos mujeres* cuya

suerte refiere Bernal Díaz según la versión que les dió el mismo Aguilar:

"El dijo aunque no bien pronunciado, que se decía Jerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenía órdenes de evangelio; que hacía ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darién a la isla de Santo Domingo, cuando hubo más diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, y dijo que llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar rumbo a la isla de Cuba o a Jamaica, y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra; que los calochiones de aquellas comarcas los repartieron entre sí, y que habían sacrificado a los ídolos muchos de sus compañeros y de ellos se habían muerto de dolencia y las mujeres, que por poco tiempo habían pasado que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler; que a él le tenían para sacrificar, y una noche se huyó y se fué a aquel cacique con quien estaba; y que no habían quedado de todos sino él y Gonzalo Guerrero" (1).

Por cierto que no será inoportuno referir aquí lo acaecido con el dicho Gonzalo Guerrero, que al tener noticia de la llegada de los españoles, se negó a volver con ellos, a pesar de los ruegos de Aguilar, por no abandonar a su mujer e hijos, indios. No se trata, claro está, en esta ocasión, de una mujer española, pero bueno es el ejemplo para demostrar, a la vez que el rasgo de caballeridad de un mozo hispano, el poder de una mujer para forjar un hogar, que era, a fin de cuentas, el pilar más sólido de la colonización. Sin la mujer, tanto española como india, la conquista española no hubiera podido ser sino una aventura bélica o comercial, que hubiera cristalizado en meras factorías a la manera de las fenicias, pero nunca en aquella pléyade de naciones que hoy siguen cantando el himno patrio al otro lado de los mares. Dice así Bernal Díaz: "Caminó el Aguilar a donde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo cinco leguas de allí, y como le leyó las car-

(1) BERNAL DÍAZ, t. I, cap. XXV, p. 55.

tas, Gonzalo Guerrero le respondió: Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tienenme por cacique y capitán cuando hay guerras. Id vos con Dios que yo tengo labrada la cara y horadas las orejas. ¿Qué dirán de mí cuando me vean estos españoles y de esta manera? Ya veis que estos mis hijitos cuan bonitos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traeis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra. Y asimismo, la india muger de Gonzalo Guerrero habló a Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo: Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; íos voz y no curéis de más pláticas. Aguilar tornó a hablar al Gonzalo, que mirase que era cristiano que por una india no se perdiese el ánima, y sí por mujer e hijos lo hacía que la llevase consigo, sino los quería dejar. Y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir..." (2).

2) MARIA DE ESTRADA, LA MUJER-SOLDADO

Pero la primera mujer con que nos encontramos ya, en los días de las hazañas de Cortés, es la heroica María de Estrada que combatió valerosamente al lado de los soldados destacando como el que más entre ellos. Después vendrían los días de la labor callada y menos aparentemente heroica en las mansas tareas de la colonización, pero en estas jornadas en que la espada decía su tajante palabra, también una mujer pedía plaza entre los conquistadores. "En esta tan temeraria noche triste, mataron a un paje de Hernando Cortés delante de sus ojos, llamado Juan de Salazar, donde asimismo se mostró valerosamente una señora llamada María de Estrada, haciendo maravillosos y hazañeros hechos con una espada y una rodela en las manos, peleando valerosamente con tanta furia y ánimo, que excedía al esfuerzo de cualquier varón, por esforzado y animoso que fuera, que a los propios nuestros ponía espanto, y ansimismo lo hizo la propia el día de la memorable batalla de Otumba a caballo con una lanza en las manos, que era cosa increíble en ánimo varonil, digno por cierto de eterna fama e inmortal memoria. Esta mujer fué casada con Pedro Sánchez Farfán: tuvo por re-

(2) BERNAL DÍAZ, t. I, cap. XXV, p. 52.

partimiento el pueblo de Tetela, que está a una parte del volcán. Casó segunda vez con Alonso Martínez, partidor; vivieron en la ciudad de la Puebla de los Angeles hasta que acabaron" (3).

Después de la huída de la Gran Tenochtitlán, camino de Tabaca, Bernal Díaz nos habla ya de esta heroica mujer que hizo entonces oficios de enfermera, curando a los numerosos heridos que habían quedado después de la trágica retirada. Según las palabras de Bernal, era ésta la única mujer por entonces entre las filas españolas lo que nos hace acrecer nuestra admiración, no ya por el valor que llevaba demostrado, sino por el increíble trabajo que sobre sus hombros femeninos debió recaer en aquella jornada. "Pues olvidado me he—dice Bernal—de escribir el contento que recibimos de ver viva a nuestra Doña Marina y a Doña Luisa, la hija de Xicotenga, que las escaparon en las puentes unos tlaxcaltecas, y también una mujer que se decía María de Estrada, que no teníamos otra mujer de Castilla en México sino aquella, y los que las escaparon y salieron primero de los puentes fueron unos hijos de Xicotenga, hermanos de la doña Luisa, y quedaron muertas las más de nuestras naborias que nos habían dado en Tlaxcala y en la misma ciudad de México" (4).

De las palabras de Bernal se deduce la alegría del historiador por haberse salvado esta única mujer castellana que "entre las lágrimas, suspiros y sollozos de heridos y derrotados, bajo las frondosas ramas del ya centenario ahuehuete que cobijó en la espantosa noche triste las hueses dolientes de Cortés, fué el único aliento, la única esperanza, la única sonrisa..." (5).

3) REFUERZO FEMENINO EN LAS TROPAS DE NARVAEZ

Después de este desastre los indios se envalentonaron y atacaron en la costa, en el pueblo de Tustepeque donde había mayor número de mujeres de las de Narváez que en esta ocasión

(3) DIEGO MUÑOZ CAMARGO, *Memorial de Tlaxcala*. México, 1892, pp. 220-21.

(4) BERNAL DÍAZ, t. II, ca. CXXVIII, p. 89.

(5) CÁRCER, *op. cit.*

rinden también buena parte al martirologio femenino de aquellas primeras horas. "Digamos ahora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta, que tantos nos mataron así en México como en puentes y calzadas, como en todos los recuentros y en esta de Otumba, y los que mataron por los caminos: digo que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos sesenta soldados con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y a cinco mujeres de Castilla; y a estos que mataron en Tustepeque eran de los de Narváez, y mataron sobre mil y doscientos tlaxcaltecas" (6).

4) LAS MUJERES EN EL BANQUETE DE CORTES

Después de conquistada la Gran Tenochtitlán, y superadas ya las duras jornadas anteriores, Cortés mandó hacer una solemne fiesta con un gran banquete para celebrar su triunfo. Allí vemos ya aparecer una más nutrida cohorte femenina, aunque escasa todavía, pues se habían juntado las que vinieron más tarde con las tropas de Narváez, que fueron bastantes, por lo que ya se ha visto. Bernal describe la orgía un tanto escandalizado, pero sus noticias sobre las mujeres son preciosas, "...y también porque esta planta de Noé hizo a algunos hacer desatinos, y hombres hubo en él que anduvieron sobre las mesas después de haber comido, que no acertaban a salir al patio; otros decían que habían de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros también hubo que decían que todas las saetas y jugaderas que tuviesen en su aljava que las habían de hacer de oro de las partes que les habían de dar, y otros iban por las grádas bajo rodando. Pues ya que había alzado las mesas salieron a danzar las damas que había con los galanes cargados con sus armas de algodón, que me parece era cosa que si se mira en ello es cosa de reír, y fueron las damas que aquí nombraré, que no hubo otras en todo el real ni en la Nueva España; primeramente la vieja María de Estrada, que después casó con Pedro Sánchez Farfán, y Francisca de Orgaz que casó con un hidalgo que se decía Juan González de León; la Bermuda, que

(6) DÍAZ DEL CASTILLO, t. II, cap. CXXVIII, pp. 92-93.

casó con Olmos de Portillo, el de México; otra señora mujer del capitán Portillo que murió en los bergantines, y ésta por estar viuda no la sacaron a la fiesta, e una fulana Gómez mujer que fué de Benito de Vergel, y otra señora que se decía la Bermuda y otra señora hermosa que casó con un Hernán Marín, que ya no se me acuerda el nombre de pila, que se vino a vivir a Guaxaca, y otra vieja que se decía Isabel Rodríguez, mujer que en aquella ocasión era de un fulano de Guadalupe, y otra mujer algo anciana que se decía Mari Hernández, mujer que fué de Juan de Cáceres el Rico, de otras ya no me acuerdo que las hubiese en Nueva España. Dejemos el banquete y bailes y danzas, que para otro día que habían alzado las mesas, hubo sortija, e ansimismo valiera más que no la hubiera sino que en todo se empleara en cosas santas y buenas" (7).

Concedamos de buen grado, según parece desprenderse de las palabras de Bernal, que aquellas mujeres, con sus danzas, no guardaran la honestidad más escrupulosa, pero no sé si en ocasión alguna pudieran ser más merecedoras de cualquier perdón. Después de los tremendos días transcurridos, era natural que los soldados tuvieran necesidad de algún solaz y que la embriaguez del triunfo definitivo les empujara a la expansión. En estas circunstancias las mismas mujeres que habían sido el único consuelo de sus horas crueles y el bálsamo de sus heridas, bien podían también concederles el espectáculo de sus cuerpos, que, por lo demás, no se excedieron de los bailes que aconsejaba la alegría.

Es preciso advertir la enorme importancia que las tales mujeres tenían que tener por fuerza en aquellos primeros contactos con las mujeres sobre todo del país. Muchas de ellas estaban viviendo en compañía de los soldados de Cortés, según veremos en seguida, y es forzoso que ellas sirvieran de orientación y de consejo a las aborígenes en aquella incipiente vida que llevaban con los conquistadores en su provisorios hogares. Bernal nos cuenta cómo muchas indias se quedaban voluntariamente con los hombres que las habían apresado. "Dejemos de estos mandos—dice—y de otros que ya no me acuerdo y digamos cómo Guatemuz y sus capitanes dijeron a Cortés que muchos soldados y capitanes que andaban en los bergantines y de

(7) *Ibid.*, t. II, pp. 281-82.

los que andábamos en las calzadas batallando les habíamos tomado muchas hijas y mujeres de principales; que le parecían que le pedían por merced que se las hiciese volver, y Cortés le respondió que serían malas de haber de poder de quienes las tenían, y que las buscasen y trajesen ante él, y vería si eran cristianas o se querían volver a sus casas con sus padres y maridos y que luego se las mandaría dar; y dióles licencia para que las buscasen en todos los reales, y dió un mandamiento para que el soldado que las tuviese luego se las diesen, si las indias querían volver de buena voluntad. Y andaban muchos principales en busca de ellas de casa en casa, y eran tan solícitos que las hallaron, y había muchas mujeres que no se querían ir con sus padres, ni madres ni maridos, sino estarse con los soldados con quienes estaban, y otras se escondían y otras decían que no querían volver a idolatrar; y aún algunas de ellas estaban ya preñadas y de esta manera no llevaron sino tres, que Cortés expresamente mandó que las diesen" (8).

¿Se puede dejar de imaginar después de leer esta vivísima estampa, que las escasas mujeres de Castilla que tenían que enseñar forzosamente a las nuevas esposas mexicanas las costumbres de hogar y de su lejana tierra, para que más fácilmente contentasen y sirviesen a sus maridos? Lo que no quita, ciertamente, que las mismas españolas aprendiesen prácticas y costumbres del país a través de aquellas mujeres indias, llevándose así a efecto el primer intercambio de culturas, precisamente a través de las mujeres.

5) AUMENTA EL NUMERO DE MUJERES. LA MARCAIDA EN MEXICO

Sin duda alguna, y aunque el cronista no siempre es explícito en la medida que deseáramos, iba poco a poco llegando nuevas mujeres de la península. Algún tiempo después de lo anteriormente referido, Cortés, para despejar un poco el horizonte de soldados ambiciosos que le abrumaban con exigencias, decidió enviar algunos capitanes a poblar en determinadas regiones. Después de hacer una enumeración de éstos, dice Ber-

(8) *Ibid.*, t. II, cap. CLVII, pp. 385-6.

nal: "...y a Cristóbal de Olid que fuese a Mechuacán. Ya en este tiempo se había casado Cristóbal de Olid con una portuguesa que se decía doña Felipa de Arauz o Zarauz que *había entonces llegado de España*" (9).

El número de mujeres siguió acreciendo. Cortés "... hizo enviar por sus mujeres a muchos vecinos de México y de las otras villas que poblara. Dió dinero para llevar de España doncellas, hijasdalgo y cristianas viejas; y así, fueron muchos hombres casados con sus hijas a costa de él, como fué el comendador Leonel de Cervantes, que llevó siete hijas y se casaron rica y honradamente" (10).

Con parecidas palabras lo refiere Herrera: "Para mejor asentar esta población hizo Hernando Cortés que muchos castellanos llevasen sus mujeres, i tuvo forma para que acudiesen muchos casados y fueron muchos, y entre ellos el comendador Leonel de Cervantes; llevó siete hijas que se casaron ricas y honradamente" (11).

La mujer de España seguía siendo el lazo más poderoso para unir al conquistador con su nueva tierra, y Cortés conocedor como nadie de esta verdad, cuidaba de que el número de mujeres españolas continuara aumentado. El mismo envió por la suya a México donde la había dejado al embarcarse para la conquista. Entre tanto llegó un nuevo contingente. "En aquella razón vino un navío de Castilla, en el cual vino por tesorero de Su Magestad un Julián de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un Orduña el Viejo, vecino que fué de la Puebla, que después de ganado México trajo cinco hijas que casó muy honradamente; era natural de Tordesillas" (12).

Bien pronto, de acuerdo con el deseo de Cortés, llegó la nueva de que acababa de desembarcar su esposa con otras mujeres. La noticia alegró sobremanera a los españoles de México que se aprestaron a recibirlas conforme correspondía a la calidad de su persona. "Estando Sandóval entendiendo en la población de

(9) *Ibid.*, t. II, cap. CLVII, p. 292.

(10) FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia de la Conquista de México*, t. II, cap. CLXIV, p. 107.

(11) ANTONIO DE HERRERA, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierras Firme del Mar Océano*, Década III, lib. IV, cap. VIII.

(12) DÍAZ DEL CASTILLO, t. II, cap. CXLIII, p. 176.

aquella villa (Guazacualco) y llamando otras provincias de paz, vinieron cartas como había entrado un navío en el río Ayagualulco, que es puerto, aunque no bueno, que estaba de allí quince leguas y en el venía de la isla de Cuba la señora doña Catalina Juárez, la Marcaida, que así tenía el sobrenombre, mujer que fué de Cortés, y la traía un su hermano, Juan Juárez, el vecino que fué el tiempo andando de México, y venía otra señora, su hermana, y Villegas el de México, y su mujer la Zambrana, y sus hijas, y aún la abuela, y otras muchas señoras casadas; y aún me parece que entonces vino Elvira la Larga, mujer que entonces era de un Juan Palma, el cual Palma vino con nosotros, que después fué mujer de un Argueta; ... y como Gonzalo de Sandóval lo alcanzó a saber, él en persona con todos los más capitanes y soldados fuimos por aquellas señoras y por todos los demás que traían en su compañía; y acuérdomé que en aquella sazón llovió tanto que no podíamos ir por los caminos... y la señora doña Catalina Juárez la Marcaida y toda su compañía se holgaron con nosotros; y luego trajimos a todas aquellas señoras y su compañía a nuestra villa de Guazacualco, y lo hizo saber Sandóval muy en posta a Cortés de su venida, y las llevó luego camino de México y fueron acompañándolas el mismo Sandóval y Briones y Francisco de Lugo y otros caballeros. Y desde que Cortés lo supo dijeron que le había pesado mucho de su venida, puesto que no lo mostró, y les mandó salir a recibir, y en todos los pueblos les hacían mucha honra hasta que llegaron a México; y en aquella ciudad hubo regocijos y juegos de cañas, y de allí a obra de tres meses que había llegado, oímos decir que la hallaron muerta de asma una noche, y que habían tenido un banquete el día antes y en la noche, y muy gran fiesta, y porque yo no sé más de esto que he dicho, no tocaremos en esta tecla" (13).

Bernal Díaz, que siempre se extiende por lo regular, más que los otros cronistas en los datos concernientes a las mujeres, nos da bien a entender la alegría y alborozo que siempre proporcionaba la llegada de mujeres, en las cuales cada conquistador esperaba encontrar la mujer posible que compartiese su vida de aventuras y esperanzas. Es verdaderamente lamentable, sin embargo, que ningún historiador coetáneo se extienda en ha-

(13) *Ibid.*, cap. CLX, pp. 320-21.

blarnos de la mentalidad de aquellas hembras arriscadas que se lanzaban a un mundo desconocido, en el cual iban a buscar a la vez marido y porvenir, y que con junto a planes y deseos se albergaban en sus pechos.

La llegada de mujeres continuaba entre tanto con ritmo vario. Cuando llegó de Jamaica con grande armada Francisco de Garay, Cortés trató de atraérselo dándole en matrimonio a su hija "doña Catalina Cortés o Pizarro que era niña, con un hijo de Garay, el mayorazgo, que traía consigo en la armada y dejó por su capitán, y le mandó Cortés el dote con doña Catalina gran cantidad de pesos en oro..." (14).

6) LA ESPOSA DE NARVAEZ, MEDIADORA CON CORTES

En México como en España, la mujer actuaba también como lazo familiar para unir familias e intereses. Y no debemos desdeñar esta difícil misión, pues muchas veces es la aparente debilidad femenina la que puede conseguir coordinar voluntades que las ambiciones masculinas no hacen sino enconar o hacer imposible por completo.

Una mujer de importancia aparece precisamente poco después, para actuar de mediadora entre dos inveteradas enemistades: la de Cortés y Pánfilo de Narváez. La mujer de este último estaba entonces en México, algo así como en rehenes de Cortés. Garay inició la mediación y la mujer hizo el resto, pues había como nos cuenta Bernal, una vieja amistad a la que Cortés no quiso sentirse ajeno.

"... diré como Garay suplicó a Cortés por Narváez para que le diese licencia para volver a la isla de Cuba a su mujer, que se decía María de Valenzuela, que estaba rica de las minas y de los buenos indios que tenía Narváez, y además de suplicárselo Garay a Cortés con muchos ruegos, la misma mujer de Narváez se lo había enviado a suplicar a Cortés por cartas que le dejase ir a su marido, porque según parece se conocían de cuando Cortés estaba en Cuba, y eran compadres, y Cortés le dió licencia y le ayudó con dos mil pesos de oro. Y después que Nar-

(14) *Ibid.*, t. II, cap. CLXII, p. 360.

várez tuvo la licencia se humilló mucho a Cortés con prometi-mientos que primero le hizo que en todo sería su servidor; y luego se fué a Cuba" (15).

Más tarde, la misma mujer vuelve a aparecer en la vida de México. Narváez había conseguido un cargo en el río de las Palmas, pero la falta de noticias suyas hizo pensar en su muerte, por lo que su esposa activó las diligencias para disponer de todos sus bienes en México. Así cuenta Bernal: "Dejemos este ruido... que hubo luego otra tormenta mayor, y fué que en aquella sazón había aportado allí, a México un deudo del capitán Pánfilo de Narváez, el cual se decía Ceballos, que le enviaba desde Cuba su mujer de Narváez, la cual se decía María de Valenzuela, en busca de su marido Narváez que había ido por gobernador al río de Palmas, por que ya tenía fama que era perdido o muerto, y trajo su poder para ver sus bienes doquiera que los hallase, y también creyendo que había aportado a Nueva España..." (16).

7) CONSTANCIA Y HEROISMO FEMENINOS

Un suceso inesperado nos permite también enterarnos de la existencia de otra mujer en México, que se hizo famosa por su constancia en el amor de su marido y decisión para afrontar hasta las mayores afrentas a que la sometió la violencia de un hombre falto de la más elemental prudencia. Ocurrió de este modo. Bastante tiempo después de marcharse Cortés a las Hibueras corrió la noticia de que había muerto. Una carta de Diego de Ordaz que había ido por la costa en su busca, lo aseguró y el factor, "de que vió la carta de Ordaz la anduvo mostrando en México... y otro día se puso luto e hizo hacer un túmulo y monumento en la iglesia mayor de México en que hizo las honras por Cortés... y mandó que todas las mujeres que se habían muertos sus maridos en compañía de Cortés, hiciesen bien por sus ánimas y se casasen, y aún lo envió a decir a Guazacualco y a otras villas..." (17).

(15) *Ibid.*, t. II, cap. CLXII, p. 337.

(16) *Ibid.*, t. III, cap. CXCVI, p. 147.

(17) *Ibid.*, t. III, cap. CLXXXV, p. 81.